

BRASIL

CARTA DE UN CIUDADANO POR DEBAJO DE TODAS LAS SOSPECHAS

Según parece, Brasil es tierra de promisión. El difunto Stephan Weig dejó dicho que Brasil era el país del futuro. Sus reservas materiales de todo tipo, su extensión geográfica, su situación en el mapa, todo indica que Brasil puede ser, en un futuro, uno de los países más ricos del mundo. La expresión «país rico» lo quiere decir todo y no quiere decir nada. Depende de quién se enriquezca a costa de los países ricos, de cuántos se enriquecen a costa de los países ricos.

En cualquier caso, Brasil es hoy una de las experiencias políticas más interesantes del mundo. La geopolítica latinoamericana sigue condicionada por la óptica yanqui de la situación. Según esa óptica, Latinoamérica se divide en naciones incondicionales de los USA, naciones a remolque de los USA y naciones desafectas a los USA. Entre las desafectas, sólo dos casos claros: Chile y Cuba. Perú sigue sin precisar totalmente esa relación.

Tampoco hay a estas alturas muchas naciones incondicionales. Las relaciones de fuerza se han clarificado lo suficiente, a nivel nacional e internacional, como para que el «consensus» hacia los USA no sea tan total como lo era en los tiempos en que el «gran garrote» era más ostensible. Pero dos naciones del total latinoamericano se caracterizan por su actualizada incondicionalidad a los poderosos Estados Unidos. Son: Bolivia y Brasil. Las tensiones sociales han colocado a ambas realidades nacionales ante continuadas crisis históricas. Las orquestaciones de la democracia formal han desafinado a la hora de concertar una estructura social caciquil con la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes. Este imposible concierto ha reportado, o bien el cinismo de la dictadura arbitral de las Fuerzas Armadas o bien el cinismo del Parlamento, con todas las puertas de salida y entrada vigiladas, a

mayor o menor distancia, por las Fuerzas Armadas.

Brasil pasó del verticalismo parafascista de Getulio Vargas al receloso parlamentarismo de Juscelino Kubistchek, al tímido reformismo de Goulart y, finalmente, a la dictadura militar mejor o peor encubierta. Desde el establecimiento de la dictadura militar, el bloque dominante se ha aplicado a establecer una situación duradera de dominio. Por una parte, se trataba de crear unas condicio-

Estas condiciones de gobernabilidad no podían ser el único, discreto, encanto del bloque dominante. Necesitaban dar otra clase de satisfacciones a los encantados con su gestión y a la burguesía, sólo dispuesta a aceptar la represión sistemática como «lo inevitable». Esas satisfacciones han consistido en atraer un impresionante inversionismo norteamericano y europeo, que abre carreteras a través de las selvas, establece plantas industriales,

Muerte, y el resto lo ha cubierto una interesada lluvia de dólares.

Una voz en la selva

La voz de los intelectuales exiliados del paraíso brasileño se ha perdido en el desierto del «realismo político» de las democracias occidentales y de las democracias populares. La voz de conductores religiosos, como Helder Cámara, ha mantenido un cierto interés y repudio hacia el régimen brasileño por parte de la des-



Donde no ha llegado la represión legal, ha llegado el Escuadrón de la Muerte y el resto lo ha cubierto una interesada lluvia de dólares.

nes de gobernabilidad, reduciendo el Parlamento a una ceremonia fantasmal y reprimiendo con las mayores durezas las contestaciones políticas consecuentes. Esa represión ha sido tan drástica y arbitraria que ni siquiera ha podido ser enmascarada, e incluso ha sido denunciada por la Iglesia católica, tan poco amante de complicarse las relaciones con los poderes establecidos.

crea un aparatoso desarrollo económico que beneficia, primerisimamente, a los sostenedores del régimen y, a continuación, a los espectadores de primera fila. La represión incontestada y el inversionismo, fundamentalmente de los Estados Unidos, han hundido en la nada o en lo poco los restos de la resistencia política. Donde no ha llegado la represión legal ha llegado el Escuadrón de la

unida familia católica. El testimonio de Helder Cámara impresionó también a los humanistas rigurosos, que comprueban, una vez más, que el mundo está mal hecho. Pero ni el testimonio crítico de los intelectuales exiliados, ni los continuados actos testimoniales de los obispos brasileños, consiguen dar una idea de lo que ocurre en Brasil como la patética carta que, en el mes de junio,



Brasil pasó del verticalismo parafascista de Getulio Vargas al receloso parlamentarismo de Juscelino Kubistchek, al tímido reformismo de Goulart y, finalmente, a la dictadura militar mejor o peor encubierta.

M. VAZQUEZ MONTALBAN

recibió un diputado federal brasileño. La carta se la enviaba un grupo de guerrilleros del Sur de Pará, y ahora, medio año después, circula por Europa traducida a las lenguas del mundo mejor o peor equilibrado, capaz de rasgarse las vestiduras ante tantas excepciones que confirman tan pocas reglas.

«Hace tres meses nos hundimos en las selvas del Sur de Pará porque éramos atacados por tropas de tierra, aire y mar y por la Policía Militar de Pará. No pretendemos contar con detalles las acciones militares que se desarrollan en esta región. Sólo queremos dar una idea sucinta de lo que aquí pasa. Ha sido movilizada una numerosa tropa con el objetivo de aniquilarnos. Aviones y helicópteros participan en la ofensiva. Los carros anfíbios recorren los ríos y sus afluentes. En muchos lugares se han empleado bombas de napalm».

¿Cómo nacieron estas guerrillas? Todo empezó en abril, en el departamento de Joao do Araguaia. Desembarcaron tropas en un pequeño centro comercial, Faveira, en las orillas del Araguaia,

y, con el pretexto de buscar elementos subversivos, detuvieron a varias personas, atacaron algunos poblados supuestamente cómplices, torturaron para obtener confidencias, destruyeron cultivos. «Ante esta situación era inevitable la resistencia. Los más decididos han tomado las armas y han empezado a responder a las brutalidades de la represión». Núcleos de resistentes fugitivos de la «guerrilla urbana» han sido reforzados por gentes de la región. La zona es una de las más desheredadas dentro de este «país rico». La juventud no tenía otro remedio que emigrar debido a la escasa protección que el poder concede a una agricultura arcaizante. Por otra parte, pasan continuamente poblaciones trashumanas depredadoras fugitivas de zonas de mayor miseria o en plena conmoción económica fomentada por la llegada de las grandes compañías inversoras: «Las grandes compañías, envalentonadas por las ventajas fiscales, se apoderan de centenares de hectáreas. Entre ellas hay varias sociedades que pertenecen a grupos extranjeros influyentes».

La carta afirma que, de momento, la resistencia ha nacido, acosada, en el fondo de la selva. Pero que sus objetivos democráticos y comunitarios exigen la solidaridad de los habitantes del «otro Brasil», el de las ciudades comerciales e industriales: «Nuestra patria es hoy un inmenso campamento militar, donde no hay ley ni respeto a la persona humana». Los dirigentes, añade la carta, dicen que el Brasil pasa por una esplendorosa etapa de desarrollo y éxito financiero. Pero hay millones de parados, la tasa de criminalidad juvenil ha superado las más altas cotas, el hambre se extiende por muchas zonas rurales. «El desarrollo del que se habla sólo aporta beneficios a las empresas imperialistas, a los Bancos y a los grandes consorcios, cuyos beneficios aumentan cada año. Brasil se endeuda exteriormente y cae cada vez más bajo la dependencia de los Estados Unidos. ¿Cómo pueden llamarse patriotas los que dirigen el país en beneficio de los "trusts" internacionales, mientras la mayoría de la población se empobrece constantemente?».

Una cierta insensibilidad

Una de las características sobresalientes de este último tercio de siglo XX es la insensibilidad internacional, agravada precisamente por la supersaturación informativa. La insistencia en hacer evidente lo monstruoso ha terminado por convertir lo monstruoso en algo presenciado, sobre todo si entre lo monstruoso y el espectador median kilómetros de distancia.

La carta del anónimo comandante de las Fuerzas Partisanas del Araguaia tiene la ingenuidad de todo lo que ya se sabe o se presume. Pero tiene la fuerza de todo lo que sencillamente reafirma los derechos de las víctimas frente a los verdugos de la Historia. Desde lo más hondo de una selva brasileña pueden lanzarse bengalas que iluminan una nación entera, otras naciones, un continente, un tramado sistema en el que la alegría de los escaparates de la Quinta Avenida precisa la sórdida represión en la oscuridad de una selva olvidada. ■